

Mas de pronto se despertaron sus adormecidas potencias al percibir hácia el monte de San Jorge, un ladrido espantoso y prolongado, al cual sucedió inmediatamente un profundo quejido, que solo las ansias de la muerte podian arrancar. El tímido ciervo que tantas veces habia descubierto Roswal en las espesuras del bosque no fuera mas pronto á saltar de su retiro, al acercarse tan fiero enemigo, que lo fué sir Kenneth á cubrirse de horroroso espanto, oyendo aquel indicio de la desventura que hubiera debido presagiar. Salvó con la mayor ligereza, y como si no le molestara el peso enorme de la armadura, el espacio que le dividia de la plataforma, y en pocos instantes se halló en su cima.

La luna rompió entonces la nube que la habia ocultado, y sir Kenneth vió que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido; que el asta yacia hecha trozos por el suelo, y que el fiel alano parecia exhalar los últimos alientos.

CAPÍTULO VII.

Pasado el primer espanto que heló la sangre en las venas del caballero del Leopardo, y que le dejó por algunos minutos privado de todo movimiento, el primero que hizo fué buscar por todas partes á los que habian

violado el estandarte de Inglaterra; mas fué en vano, porque ni la mas ligera traza pudo descubrir que le indicase quienes eran ni adónde habian ido. El segundo, fué examinar la condicion en que se hallaba el pobre Roswal, y cierto que este impulso podrá parecer extraño á algunos, mas no á los que sepán por experiencia cuan natural es aficionarse á un animal inteligente, cariñoso, y sumiso, que tantas veces hace avergonzar al hombre con su adhesion y lealtad. El desventurado alano habia recibido una profunda herida en el desempeño de la obligacion que su amo le habia confiado. Sir Kenneth se le acercó; le halagó con la mayor ternura, á lo que Roswal, olvidando sus propios males, respondió lamiéndole la mano; y meneando la cola, como si la presencia de su dueño, y la satisfaccion que su vista le causaba, fueran suficientes recompensas del agudo tormento que padecia. Agravóse este, aunque al mismo tiempo el generoso can refrenaba sus lastimeros quejidos, cuando su amo le arrancó del costado el dardo

con que habia sido herido, y con mayor anhelo continuó acariciándole, en demostracion de gratitud; espectáculo que sobrecargó el corazon de sir Kenneth con nueva amargura, como si no tuviera bastante con la horrorosa perspectiva que la imaginacion le presentaba. Hallábase próximo á perder su único amigo y compañero, cuando iba á ser objeto del desprecio y del odio general. Su constancia cedió á este torrente de infortunios, y prorumpió en copioso llanto y agitados sollozos.

Cuando se abandonaba sin freno al dolor que le oprimia, oyó cerca de él una voz clara y sonora, que en la lengua franca, generalmente entendida, en aquellos tiempos, por cristianos y musulmanes, y en el tono grave y cadencioso de que suelen servirse los ulemas en las mezquitas de los mahometanos, pronunció las palabras siguientes:

— La adversidad es como las aguas que caen del cielo; como las primeras y las últimas lluvias; frias, molestas, ingratas al hombre y á la bestia: mas esas mismas llu-

vias fecundan despues los sembrados y los vergeles : los collados y las vegas ; ellas dan la flor y el fruto ; el dátíl, la rosa y la granada.

Sir Kenneth del Leopardo volvió el rostro hácia donde la voz salía, y vió al médico árabe, que se habia acercado, sin que él lo hubiese sentido, y sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, pronunciando al mismo tiempo, sin demudar su aspecto grave, mas suavizando la voz, y denotando en ella compasion y ternura, las sentencias de consuelo que tantas veces habia leído en el Koran y en sus comentadores; porque entre las naciones orientales, no pasa por sabio el que ostenta sus propias ideas, ni goza de la fama de tal el que se afana en publicar sus meditaciones y pensamientos; sino el que refiere lo que está escrito, y el que ha enriquecido su memoria con pasages notables de autores antiguos, sabiéndolos aplicar oportunamente, cuando la ocasion lo requiere.

Sir Kenneth se avergonzó de que le hu-

biese sorprendido el Moro en aquel momento de pusilanimidad; enjugó precipitadamente sus lágrimas, compuso el rostro y volvió á examinar la herida del alano.

—El poeta ha dicho, continuó el Arabe, sin hacer caso de la turbacion del Escoces, y fingiendo que no habia visto su movimiento: « El buey para el sembrado, y el camello para el desierto. La mano del sabio no abre héridas como la del guerrero; pero sabe curarlas mejor. La ciencia es como el calor del sol, que repara los desastres del huracan, y vuelve á cubrir de yerva el campo que su furor ha despojado.»

—Hakim, respondió el del Leopardo, tu ciencia no alcanza á curar este infeliz paciente; ademas que segun tu ley es un animal inmundo, y te es vedado poner las manos en él.

—Do quiera, respondió El Hakim, que Alá ha soplado la vida, el sentimiento de la pena y del placer, puede el sabio emplear la sabiduría que el mismo Alá le ha departido, y fuera descrédito de su humildad si rehu-

sase prolongar la existencia al que existe, y aliviar el dolor del que padece. El sabio no distingue entre la cura de un insecto y la de un monarca. Déjame examinar las heridas de ese animal.

Sir Kenneth condescendió con la oferta del musulman, el cual sondeó la herida de Roswal, con tanto esmero y atencion como si fuera un ser humano. En seguida sacó un estuche de instrumentos de cirugia, y aplicando con singular delicadeza y tino las pinzas, extrajo las astillas de madera que estaban clavadas en la carne, y detuvo la efusion de sangre que siguió á esta operacion, con ungüentos, hilas y vendages. El paciente sufrió sin moverse, como si el instinto le descubriese las caritativas intenciones del musulman.

Este animal recobrará la salud, dijo El Hakim, dirigiéndose á sir Kennet, si permites que sea conducido á mi tienda, donde será tratado con la atencion de que su índole leal y generosa es digna: porque ten entendido que tu servidor Adonebec no es

menos diestro en el conocimiento de las castas de perros y caballos, que en las dolencias que aquejan á sus hermanos.

— A tu cargo le encomiendo, dijo sir Kenneth, y tú serás su dueño si consigues curarle. Débote algun galardón por la asistencia que has dado á mi escudero, y no tengo otra cosa con que pagarte; además de que ya debo despedirme de la caza, y pensar en cosas de mayor momento.

El Arabe no dió otra respuesta que una palmada, á cuya señal comparecieron inmediatamente dos esclavos negros. Dióles algun ordenes en su lengua; ellos, inclinados profundamente, respondieron: « Oir es obedecer, » y tomando en brazos al animal, le llevaron consigo sin mucha resistencia de su parte; porque aunque sus miradas ansiosas se tornaron dolorosamente hácia su amo, el dolor y la pérdida de sangre le habian privado de todo movimiento.

— Vive y sé feliz, dijo sir Kenneth, sin poder comprimir el dolor que le atosigaba, vive y sé feliz, mi único y desventurado ami-

go; preciosa alhaja, y demasiado preciosa para un dueño tan mal aventurado. ¡Pluguiese al cielo que, mal herido como estás y próximo al último trance, me fuera dado trocar mi suerte con la tuya!

— Escrito está, dijo El Hakim, aunque no fueron dirigidas á él las palabras de sir Kenneth, que todas las criaturas estan hechas y acomodadas al servicio del hombre, y el dueño de la tierra habla desacordado y fuera de razon, cuando en su insensata impaciencia desea cambiar sus esperanzas terrenas y celestes y su alta condicion de hijo de Alá, por la servil y humilde de una criatura tan inferior.

— El can que muere en el cumplimiento de su obligacion, dijo el caballero, es mejor y de mas prez que el hombre que la abandona. Ruégote, El Hakim, que me dejes. Tú posees en esta tierra de prodigios el arte de hacer los que solo estan al acance de una ciencia casi sobrehumana; mas las heridas del alma no tienen cura.

— Tiénenla, dijo el sabio, si el paciente

explica su dolencia, y se deja guiar por los avisos del médico,

— Sabe pues, dijo sir Kenneth, ya que tanto me importunas, que la bandera de Inglaterra ha estado tremolada, no hace mucho, en este mismo sitio. Yo la guardaba.... yo debia guardarla. Mira por el suelo las astillas del asta; el pendon ha desaparecido... el dia luce ya en el horizonte, y todavía vive este desventurado.

— ¡Será posible! exclamó El Hakim, examinándole con la mayor atencion. Tu armadura no ha recibido el menor golpe; tus armas no estan teñidas en sangre, y es fama que de otro modo vuelves siempre del campo de batalla. Te han seducido; te han atraido fuera del puesto en que hubieras debido matar ó perecer... ¡O Nazareno! Tu perdicion han sido las sonrojadas mejillas, y los negros ojos de una de esas houries á quienes vosotros cristianos tributais mas bien el acatamiento y la adoracion debidos tan solamente á Alá, que la aficion que merecen unas formas tan caducas y perecederas como el barro.

No tiene ni puede tener otra causa el mal que te aflige; porque así ha caído siempre el hombre, desde los días del sultán Adán.

— Y si así fuera como dices, respondió prontamente el del Leopardo, ¿qué remedio?

— La sabiduría, dijo el Árabe, es madre del poder, como el valor es el padre de la fuerza. Préstame atención. El hombre no es como el árbol que se clava en la tierra, y allí vive, y crece, y da fruto; ni su contestura es como la del insecto marino, que no puede vivir sino es pegado á una roca estéril. Los escritos que vosotros los Nazarenos reverenciáis, como inspirados por la sabiduría divina, os mandan huir de la ciudad en que estais perseguidos, y buscar asilo y amparo en otra; y nosotros los musulmanes sabemos que el profeta de Alá, arrojado de la santa ciudad de la Meca, halló refugio y soldados en Medina.

¿Y cuál es la consecuencia que yo debo sacar de todo eso? preguntó sir Kenneth.

— Una muy importante, dijo El Hakim. El sabio huye de la tempestad, y se pone al

abrigo de sus furores. Apresúrate, por tanto, huye de la venganza de Ricardo, y ponte á la sombra de la bandera victoriosa de Saladino.

— Bien parecería, respondió sir Kenneth, que yo fuera á ocultar mi deshonor en un campo de infieles paganos, donde semejante nombre no tiene significacion. ¿No fuera mejor consumir el delito, y merecer á la vez todas las maldiciones del cristianismo? Porque, según veo, tu consejo va á parar á que trueque el yelmo por el turbante, y cierto que solo me falta la apostasia para acabar de llenar la medida de la infamia.

— No blasfemes, Nazareno, dijo el Árabe con un gesto de autoridad, que disonaba de sus modales mansas y comedidas: Saladino no conquista discípulos á la ley del profeta, sino que admite benignamente en ella á los que han recibido de lo alto la luz del convencimiento, y se humillan de corazón al yugo de sus mandatos. Abre tus ojos á la luz, y el gran soldán, cuya liberalidad es tan ilimitada, como su poder, pondrá una corona

en tus sienes : permanece, si quieres, en las tinieblas que ahora te ofuscan, y aunque tu segunda vida sea condenada á miseria, Saladino puede hacerte y te hará rico y feliz, durante tu mansion en el destierro de la existencia mortal : mas no receles que el turbante ciña tu cabeza, si tú mismo no lo pides libremente.

— Caiga ella mil veces de mis hombros, respondió sir Kenneth, como caerá seguramente antes que se oculte ese sol que nos ilumina, mas bien que abrazar el partido que me propones.

— No eres cuerdo, cristiano, dijo El Hakim, ni es tan descabellada mi oferta que merezca tan violenta desaprobacion. Yo tengo algun poder con Saladino, y con mi apoyo puedes alcanzar mucho de él. Oye, hijo mio; esta cruzada, como vosotros llamais vuestra temeraria empresa, es una galeota carcomida que estan deshaciendo las olas del mar. Hoy pierde el gobernalle, mañana la mitad de la quilla, y muy en breve habrán desaparecido sus míseros fragmentos en la inmensidad del

Océano. Tú mismo has llevado propuestas de tregua, de parte de los reyes y príncipes que estan aquí reunidos, al poderoso soldan, y quizas te es sabido su tenor y nada ignoras de lo que se le pide.

— Nada sé, y nada me importa el soldan ni la tregua, respondió apesadumbrado el impaciente Escoces. ¿Qué presta haber sido enviado de príncipes y reyes, cuando antes que llegue la noche estaré colgado en una horca, y deshonorado para siempre?

— Mis palabras, dijo el Hakim, se enderezan á evitarlo. Saladino es como el sol : no hay quien desconozca su poder, ni quien le niegue admiracion y reverencia. Los príncipes que se han ligado contra él, y que de tan remotas partes han venido para combatirle, le han hecho tales proposiciones de paz y sumision, que en otras circunstancias hubiera podido sin deshonor admitirlas. Algunos de ellos le han dirigido ofertas privadas, relativas á sus propios negocios, brindándose á separar sus fuerzas de las de los reyes de Franchistan, y aun á sostener con

sus armas el estandarte del profeta. Mas Saladino no se sirve jamas de traidores, ni dará su confianza á los que venden la agena. El rey de los reyes solo puede entenderse y tratar con el rey Leon. Saladino solo tratará con Melec Ric, y tratará con él como príncipe, ó como guerrero. Pronto está á pactar con él tales condiciones, cuales nunca hubieran podido arrancarle por fuerza, y por temor todas las espadas juntas de Europa. Permitirá á los Nazarenos la libre peregrinacion á Jerusalem, y á todos los otros sitios de su devocion: aun mas puede esperarse de su generosidad magnánima; dividirá el imperio con su real hermano Ricardo, consintiendo en que ponga guarniciones cristianas en las seis ciudades mas fuertes de Palestina, y otra en la misma Jerusalem, dejándolas bajo el mando de los cabos que Ricardo nombre, reconociéndole bajo el título de rey custodio de Jerusalem. Cosas mas extrañas é increíbles voy á comunicarte, y solo á un hombre de honor, como no dudo que lo eres, me fuera lícito revelar tan

importante secreto. Sabe pues que Saladino pondrá un sello indestructible á esta feliz union entre los dos príncipes mas sabios y mas nobles del Asia y de Franchistan, elevando á la encumbrada condicion de su real esposa á una doncella cristiana, de la sangre de Ricardo, y conocida con el nombre de lady Edit de Plantagenet*.

— ¿Qué has dicho? exclamó de pronto sir Kenneth, que habia prestado poca ó ninguna atencion á la larga narracion de El Hakim, pero cuya distraccion cesó de repente cuando el nombre que habia pronunciado el Arabe, tocó la cuerda mas sensible de su corazon. Moderándose despues, ó á lo menos haciendo cuantos esfuerzos cabian

* Este suceso parecerá á nuestros lectores tan extraño y absurdo que casi nos es preciso decir que realmente acaeció como aquí se cuenta. Algunos historiadores lo desfiguran, suponiendo que la boda propuesta debia verificarse entre la reina viuda de Nápoles, hermana de Ricardo, y un príncipe hermano de Saladino. Parece que ignoraban hasta la existencia de Edit de Plantagenet. Véase la Historia de las cruzadas, por Mill.

en su índole para comprimir la indignacion que ya le brotaba por los ojos, y trasformándole en la apariencia de dudoso desprecio, tomó el partido de seguir la conversacion, con el objeto de adquirir cuantos datos pudiera acerca del plan que El Hakim le habia indicado. Interesábale sobre manera este proyecto, por creerle injurioso al decoro, y contario á la ventura de aquella, que aunque inocente, era la causa real de la pérdida de su honor, y del inminente peligro en que su vida se hallaba. ¿Y cuál es el cristiano, dijo con toda la serenidad de que podia revestirse en aquella ocasion, que apruebe un enlace tan violento, como el de una doncella cristiana, y un infiel Sarraceno?

— Eres un ignorante y supersticioso Nazareno, respondió El Hakim. ¿No estás viendo que los príncipes mahometanos se casan con las nobles doncellas nazarenas de España, sin que se escandalicen por esto los cristianos ni los Moros? Si los bárbaros de la Península han aprendido cortesía y civilizacion de los hijos del Africa, nosotros

que tenemos la dicha de oír la voz del mismo profeta, os puliremos del mismo modo á vosotros, ásperos isleños, que temblais delante de una muger, y venis de tan remotas tierras á combatir contra los que no os han ofendido. Saladino, no obstante ser el rey mas potente del Asia, dará á su real hermano mayores pruebas de confianza y favor: permitirá que la ilustre doncella conserve esa libertad y soltura que vosotros concedeis en Franchistan á las mugeres; la dejará gozar del libre ejercicio de su religion, porque en verdad poco importa la que profesen las personas de su sexo, y tales serán sus preeminencias y autoridad en la zenana de Saladino, y sobre todas sus otras mugeres, que ella sola será considerada bajo todos respetos, como su única y absoluta reina.

— ¡Qué oigo! dijo sir Kenneth, ¿te atreves á pensar tal bajeza del héroe á quien toda la Europa ha dado el bien merecido título de Ricardo Corazon de Leon? ¡La perla de la corte de Inglaterra, la flor de las doncellas cristianas, la noble parienta del

mas noble de los monarcas convertida en concubina del harem de un infiel! Sábete, El Hakim, que el mas pobre de los caballeros, miraria con horror tan ignominioso enlace, y antes que dar su hija á un musulman, consentiria en verla pedir limosna por las calles.

— Hablas como el ciego cuando disputa sobre colores, dijo el Arabe, y cristianos hay en el campamento, de mas gerarquia que tú, y muy de otro modo dispuestos acerca de esta proyectada boda. Felipe de Francia, y Enrique de Champaña y otros de los mas distinguidos aliados de Ricardo, han oido sin extrañeza la proposicion, y han prometido emplear sus persuasiones y su influjo en llevar á cabo una empresa, con que tendrán fin estas guerras insensatas y destructoras. El sabio gran ulema de Tiro se encarga de abrir la negociacion y no duda que el plan será llevado á efecto. La sabiduría del soldan le ha dictado en tan grave negocio, las precauciones que exigen esas discordias y enemistades que andan entre

vosotros, y por esta razon se ha guardado de descubrir sus intentos al de Montserrat, y al maestre de los templarios, de los cuales tiene entendido que buscan y desean la perdicion de Ricardo, y no su gloria y engrandecimiento. Animo, pues, sir Kenneth, y á caballo. Un billete de mi mano te abrirá las puertas de la confianza de Saladino; y ni te apesadumbres con pensar que abandonas tu patria, ni tu causa, ni religion, puesto que tan próximo está el tiempo en que no sean mas que uno los intereses de ambos soberanos. Tus avisos pueden ser de gran utilidad al soldan, instruyéndole en todos los usos y prácticas de los matrimonios de vuestra tierra, en el modo de tratar y servir á las damas, y en otros muchos puntos de ley y costumbre, que le conviene saber, á fin de no desmerecer en lo mas pequeño del gran concepto, y justa nombradía de que goza. La mano derecha del soldan abre los manantiales de los tesoros de Oriente, y su generosidad es como la fuente que llena los cauces del Nilo. Otro medio se te ofrece de

salir de ese extremo en que te hallas. Verificada que sea, del modo que te he dicho, la alianza, poca dificultad podrá tener Saladino en conseguir de Ricardo, no solo tu perdon, sino que te restablezca en su gracia, y te conceda un mando honroso en las huestes de Franchistan que han de quedar en Palestina, para sostener los derechos y autoridad del rey de Inglaterra. Animo, pues, repito, y monta á caballo, y entra en el camino que la fortuna te ofrece.

— Hakim, dijo el caballero Escoces, tú eres un hombre de paz, y ademas has salvado la vida al rey Ricardo, y á mi pobre escudero Straucham. Por esta razon he prestado oido á todo lo que me has dicho, y si otro que tú fuera el musulman que en semejante asunto me hablase, con mi espada, que no con mi lengua hubiera yo puesto término á la conversacion. En cambio de tus consejos, voy á darte otro, y es que el musulmán que intente hacer la proposicion á Ricardo, de unir la sangre de Plantagenet con la de su maldita raza, se guarezca la serviz con un

yelmo capaz de resistir un golpe de maza igual al que hizo astillas la puerta de San-Juan de Acre. Si así no lo hiciere, toda tu sabiduría no bastaría á curarle.

— ¡ Con que estás determinado, dijo El Hakim, á no acogerte á puerto seguro, y á rehusar la proteccion de que bajo las banderas de Saladino puedes disfrutar! Mira que estás á la orilla de la destruccion, y que tus leyes como las nuestras prohiben al hombre romper el tabernáculo de su vida.

— ¡ Dios me preserve de tamaño atentado! exclamó horrorizado el Escoces, y haciéndose la señal de la cruz. Nuestra santa ley nos prohíbe tambien evitar el castigo que nuestras culpas y flaquezas merecen; y puesto que tan equivocadas y erróneas son tus ideas acerca de la fidelidad, pésame haberte dado el perro, que tantos testimonios me ha dado de la suya; porque si recobra la vida, tendrá un dueño que no sabrá apreciar su valor.

— Quien se arrepiente del don que ha hecho, respondió el Arabe, lo retracta. Los

juramentos de mi profesion no me permiten despedir al enfermo, sin aplicarle los remedios que á su perfecta curacion puedan contribuir. Si sana el alano, volverá á ser tuyo.

— Anda, El Hakim, dijo sir Kenneth, harto hemos hablado y sobradamente se han alejado mis pensamientos del único asunto que debe ocuparlos. El hombre no debe pensar en perros, ni caballos, cuando solo le separan algunas horas de la muerte. Déjame pedir perdon á Dios por mis culpas, y aparejarme al trance que me aguarda.

— Déjote con dolor en tu pertinacia, dijo el físico; la niebla oculta el precipicio á los ojos del caminante, que va á sepultarse en su seno.

Retiróse el Sarraceno con pasos lentos y detenidos, parándose de cuando en cuando y volviendo el rostro, como si aguardase que el caballero, arrepentido de su temerario propósito, le llamase y admitiese su oferta. Mas, no verificándose así, bajó de la plataforma, y poco á poco desapareció entre

las calles de tiendas, en cuyos vistosos y variados lienzos reflejaba ya sus primeros vislumbres la aurora.

Pero aunque las explicaciones de Adonebec no habian hecho en el alma del desgraciado Escoces la impresion que el sabio deseaba, le habian inspirado un deseo de vivir mucho mas vehemente que el que hubiera abrigado, si no se le hubiese revelado tan importante secreto. Para él, una vida sin honra, era como un broquel de hierro en los brazos de un niño; pero considerando á su dama tan próxima á ser víctima de una negra conspiracion, podia todavía esperar, si la Providencia le salvaba de aquel amargo trance, que su brazo defenderia á Edit contra los enemigos de su honor, y la sacaria ilesa de los daños que se le aparejaban. Por otra parte, las palabras del médico sarraceno le traian á la memoria varias circunstancias que observó, aunque no le fué dado entenderlas, durante su mansion en la ermita, asi como ciertas señales de inteligencia entre el anacoreta y Sirkhoff, ó Ilderim;

todo lo cual habia sido para él un enigma, pero que le confirmaba en parte cuanto El Hakim habia dicho sobre el artículo secreto del tratado.

— El ermitaño, dijo, es un impostor refinado, un hipócrita astuto, y yo he sido juguete de sus arterías. Ya entiendo lo que queria decir cuando hablaba del marido infiel convertido por la esposa cristiana, y ¿quién sabe si el traidor no proporcionó al Sarraceno, maldito de Dios, las ocasiones de ver en su misma cueva á la flor de Plantagenet? ¿Quién sabe si no era Sirkhoff el emisario de Saladino para tratar de estas sacrílegas bodas, y para asegurarse por sí mismo de que Edit era digna de hallar entrada en el harem del perro pagano? ¿Qué no tuviera yo otra vez entre mis manos al infame embajador! A fe que le quitase las ganas de volverse á meter en tercerías injuriosas al honor de un rey cristiano, y de una noble y virtuosa doncella. Pero las horas vuelan, y en tanto que hay sangre en mis venas, algun partido he de tomar menos

ignominioso que permanecer clavado en la escena de mi infamia.

Detúvose algunos instantes, arrojó al suelo el yelmo, bajó del monte de San Jorge, y tomó el camino del pabellon de Ricardo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

